

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECERÁ LOS VIERNES

REDACCION Y ADMINISTRACION, HERNAN CORTES, 3. PIAL.
Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Manuel Alienza.

SUSCRIPCIÓN

A FAVOR DE LAS VÍCTIMAS

DE LOS EXPLOTADORES DE RIPOLL Y CAMPDEVANOL

	Pesetas.
Suma anterior.....	309,54
MADRID	
P. I., 0,25.—A. Atienza, 0,25.—Sociedad de obreros en hierro «El Porvenir», 4,00.....	4,50
BARCELONA	
E. Manegal, 0,25.—A. G. Q., 0,25.—Palmira, 0,10.—Ribera, 0,10.—Llesuy, 0,25.—Cuadradas, 0,25.—Sala, 0,10.—F. C., 0,15.—Carbó, 0,15.—Almela, 0,20.—Ferraté (cochero), 0,25.—B. Martín Rodríguez, 0,25.—Gabalda, 0,10.—Vicente Tort, 0,25.—Toribio Reoyo, 0,25.....	2,90
TOTAL.....	316,94

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

PARA ATENDER

Á LOS GASTOS DE EL SOCIALISTA

	Pesetas.
Suma anterior.....	26,60
TARRAGONA	
Camilo Hugnet, 0,25.....	0,25
BARCELONA	
Juan Sala, 0,20.—Perona, 0,25.—Llesuy, 0,50.—Reoyo, 0,25.—A. G. Q., 1.—Vilarnau, 0,52.—J. C., 0,10.—A. C., 0,10.—Ribera, 0,10.—Carbó, 0,15.—Almela, 0,25.—Ferraté, 0,25.—N. Tort, 0,15.—F. Amorós, 0,25.—Manegal, 0,25.—Armengol, 0,25.—B. Martín Rodríguez, 0,25.—Vidal, 0,62.....	5,44
MADRID	
Mariano Rodríguez, 0,25.—Isidro Sanz Barrasa, 0,25.—C., 0,45.—P. I., 0,25.—Una socialista, 0,50.—M. G., 0,25.—J. Martínez Gil, 0,25.—A. Atienza, 0,25.....	2,45
TOTAL.....	34,74

PROPAGANDA

La acción proletaria que, ayudando á la ley fatal del desenvolvimiento capitalista, ha de apresurar la caída del régimen de opresión que impera en la sociedad semicivilizada en que vivimos, sustituyéndolo por el más racional, científico y democrático del comunismo económico, tiene por base principal la propaganda entre los desheredados de las ideas nuevas, de la crítica que condena el viejo régimen y de los principios en que ha de asentarse el que está para nacer, la propaganda, en suma, de las doctrinas socialistas.

Esta propaganda reviste dos formas á cual más importantes, que mutuamente se ayudan y complementan: la propaganda pública y la propaganda privada.

La primera, que es la que se hace en periódicos é impresos de todas clases y en *meetings* y reuniones por el estilo, ofrece como carácter principal la generalidad de los argumentos que en ella se emplean, como dirigidos á gran número de personas á quienes es preciso hablar de aquello que les sea común, sin descender á pormenores. En ella se exponen las doctrinas en toda su altura, extensión y profundidad, pero de un modo hasta cierto punto abstracto, sin detenerse en casos particulares, ni entrar, sino rara vez, en detalles personales. Esto la da una ventaja, la de aprovechar á muchos, sirviendo además de base á la propaganda privada.

Esta, que se puede efectuar en todo tiempo y por todos los correligionarios, completa á la primera, porque, siendo muchas veces la iniciadora de la idea en entendimientos, antes totalmente desprecupados de estos asuntos, sirve siempre para aplicar la idea general á los casos particulares, como en los de explotación, despotismo, crueldad, etc., de un patrono

determinado á determinados obreros, á los que se puede hacer ver con su propio ejemplo en cada uno de los casos la verdad de las afirmaciones generales.

Todos los correligionarios, por consiguiente, pueden ser activísimos propagandistas, llevando á cada uno su contingente de nuevos soldados de la emancipación proletaria al Partido Socialista que la representa, sin más condición que conocer las ideas lo mejor posible.

Para esto, más que para nada, sirve la exposición de ellas en periódicos, libros, folletos, *meetings* y reuniones de toda especie, que son la fuente en que deben ir á beber las doctrinas salvadoras y aun la forma de exponerlas todos los correligionarios, aun los que se crean más enterados, pues la ley del progreso hace que siempre se aprenda algo y que cuanto más se oye y se lee, más dispuesto se esté para ser á la vez instructor y propagador entre los que aún no han adquirido el mismo grado de conocimiento.

Las ideas han sido hasta ahora patrimonio de los ricos, ni más ni menos que el oro, y en la ignorancia de los sometidos han tenido los primeros el principal instrumento para dominarlos. Destruir esa ignorancia por nosotros mismos—pues ellos no han de hacerlo jamás—es principiar á romper nuestras cadenas. A medida que el conocimiento de la verdad—advirtase que decimos de la verdad, no de las párruchas que se enseñan en las escuelas, católicas ó laicas, en los sermones ó en los discursos de Moret—se vaya extendiendo entre los desheredados, se irá hundiendo moralmente el castillo de la iniquidad burguesa, y el día que la verdad haya penetrado en un número regular de entendimientos de oprimidos, aquel castillo será materialmente derribado.

Toda esta tarea es obra exclusiva de los proletarios, quienes para realizarla cuanto antes deben convertirse en maestros y discípulos, ambas cosas juntamente, para ir así elevando el nivel general (rebajado astutamente de propósito por los tiranos) y hacer, lo mismo de sus relaciones individuales que de sus públicas reuniones, escuelas y centros de instrucción y propaganda, ya que los señores en todas las épocas y hoy los burgueses sólo nos ofrecen, cuando ofrecen algo, escuelas de embrutecimiento y centros de degradación.

Acudan, pues, nuestros compañeros así á las publicaciones como á las reuniones socialistas, manantiales, como hemos dicho, de la verdad y de la luz que ha de salvarnos; hagan cuanto puedan por frecuentarlas y protegerlas, puesto que son sus maestros desinteresados y carinosos; tomen parte en ellas ya activa, hablando ó escribiendo, ya... activa también—pues tan activo es enseñar como aprender—oyendo y meditando lo que en ellas se exponga, y vayan todos después á extender aquellas doctrinas por los rincones y repliegues de los talleres y las fábricas, de las minas y los campos, y aun á los centros—no menos fecundos en su día para la obra revolucionaria—donde vegetan los modernos esclavos de levita, y completen así la obra redentora, más grande que ninguna en los fastos de la humanidad, de la propagación del socialismo.

UN AÑO MÁS

EL SOCIALISTA ha entrado en el cuarto año de su publicación.

Para los que saben apreciar el esfuerzo que supone el sostenimiento de un periódico consagrado á la defensa de los salvadores principios á que hoy deben acogerse todos los trabajadores; para los que conocen las inmensas dificultades con que tienen que luchar publicaciones dedicadas á defender la clase desheredada de la sociedad, en las que naturalmente no cabe la protección del personaje influyente ni el reclamo servil de la compañía poderosa, reclamo y protección que se convierten en ingresos metálicos en las cajas de la administración, á cambio, por supuesto, de vergonzosas adulaciones; para los que conocen todo esto, decimos, el hecho de haber cumplido un año más de vida, significa un triunfo que con razón debe llenar de íntima satisfacción á los que como nosotros pensamos.

Nacido EL SOCIALISTA al calor del entusiasmo de un puñado de trabajadores, bien pronto llevó la semilla socialista á localidades donde nuestras ideas no eran conocidas, y merced á su propaganda se crearon Agrupaciones que, puestas en íntima relación, dieron por resultado la celebración del primer Congreso de nuestro partido, verificado el año último, el cual, dando fuerza y cohesión á elementos antes dispersos, echó los cimientos de la gran obra á cuya terminación ha de hallar el proletariado su completa emancipación.

En tan laboriosa tarea no nos ha faltado el apoyo de nuestros correligionarios de provincias, y con ese apoyo contamos para seguir difundiendo nuestras ideas, siempre con arreglo á la línea de conducta que desde el primer número nos trazáramos.

Si EL SOCIALISTA ha cumplido ó no con la misión que trajo á la prensa, dícelo la guerra da mala ley con que hemos sido honrados por otras publicaciones periódicas, con especialidad las que defienden las soluciones más avanzadas dentro del campo de la burguesía. Ni esta guerra nos ha amedrentado, antes nos ha dado más bríos, ni ha causado en nosotros extrañeza alguna, sino por el contrario, nos ha demostrado que habíamos dado en el blanco.

Un periódico que, como EL SOCIALISTA, rompe con los convencionalismos reinantes en la prensa periódica, que no se presta á vergonzosos contubernios y llama á las cosas por su nombre, no podía esperar benevolencias de un periodismo mercenario que lleva su alabanza allí donde vislumbra un puñado de pesetas.

Un año más. Al cumplirle, EL SOCIALISTA envía un saludo á todos sus correligionarios y les grita «¡Adelante!»

LA COMMUNE DE PARÍS DE 1871

XXV

Jueves 25.—Toda la orilla izquierda cae en manos de las tropas.—Muerte de Delescluze.

Unos cuantos miles de hombres—los federados eran en aquel momento uno contra doce—no podían defender indefinidamente una línea de batalla de muchos kilómetros. A la entrada de la noche, aprovechándose de la oscuridad, evacuaron la mayor parte del 10.º distrito, cuyos cañones fueron transportados al Chateau d'Enfer. Brunel y los valientes populos de la Commune se sostenían en la calle de Magnan y en el muelle de Jemmapes.

En la parte izquierda del río, los versalleses establecieron baterías en la plaza de Eufér, en el Luxemburgo y en el bastión 81. Más de 50 cañones y ametralladoras dirigían sus tiros á la Butte-aux-Cailles. No pudiendo tomarla por asalto, el general Clusey se propuso anularla bajo el fuego de su formidable artillería.

Por su parte, Wroblewski no permaneció inactivo. Además de los batallones números 175 y 176, contaba en sus líneas con el legendario 101. Desde el 3 de abril, este heroico batallón no había descansado ni un minuto. Día y noche, con el fusil caliente, rondaba por las trincheras, por los pueblos, por la Hanura. Los versalleses de Asnières y de Neuilly huyeron más de diez veces ante él, dejando en sus manos tres cañones que les seguían por doquiera como fieles mastines. Hijos del 13.º distrito y del barrio de Mouffetard todos los que componían el 101, indisciplinados é indisciplinables, indómitos, roncoc, con los uniformes desgarrados y la bandera hecha trizas, sin escuchar más que una orden, la de ir adelante, se amotinaban en la inacción y apenas acababan de salir del fuego, clamaban por volver á la pelea. Serizier los mandaba, ó por mejor decir, los acompañaba, pues sólo á su furia obedecían aquellos endemoniados. Mientras que de frente intentaban sorpresas, se apoderaban de las avanzadas y tenían á los soldados en una alarma constante. Wroblewski aseguraba sus comunicaciones con el Sena por medio de una barricada en el puente de Austerlitz y guarnecía de cañones la plaza de Juana de Arco para batir las tropas que se aventuraran á lo largo del embarcadero.

Aquel día el cínico Thiers tuvo la osadía de telegrafiar á los departamentos que el mariscal Mac-Mahon acababa de invitar por última vez á los federados á que se rindiesen. Mentira odiosa y descarada como tantas otras. Lo mismo que Cavaignac en 1848, la hiena de Versalles quería, por el contrario, prolongar la lucha. Sabía perfectamente que sus bombas incendiaban los edificios de París, y que la matanza de los prisioneros y de los heridos provocaría fatalmente los fusilamientos

de los rehenes. ¿Pero qué le importaba la vida de algunos clérigos y de unos cuantos gendarmes? ¿Qué le importaba a la burguesía el triunfar sobre un montón de escambros, si sobre aquellos escambros podía escribir el siguiente epitafio: «París declaró la guerra a los privilegiados; París ha dejado de existir!»

Hallándose el Hotel de Ville y el Panteón en poder de las tropas, sus fuerzas se concentraron sobre el Château d'Eau, la Bastille y la Butte-aux-Cailles. A las cuatro el general Clinchant continuó su marcha en dirección del Château d'Eau. El cuerpo de Douay, sobre la derecha, apoyaba el movimiento y se esforzaba en avanzar por las calles de Charlot y de Saintonge. Vinoy se dirigía a la plaza de la Bastille por las callejuelas que desembocan en la calle de San Antonio, por los muelles de la orilla derecha y por los de la orilla izquierda. Cixey, de una estrategia más prudente, cañoneaba la Butte-aux-Cailles, ante la cual sus soldados retrocedían hacia tanto tiempo.

El ataque general de la Butte no empezó hasta las doce. Los versalleses siguieron las murallas hasta la avenida de Italia y la carretera de Choisy, llevando por objetivo la plaza de Italia, que atacaron también por la parte de los Gobelinos. Las avenidas de Italia y de Choisy estaban defendidas por formidables barricadas que no era fácil atacar de frente; pero los versalleses lograron flanquearlas por los numerosos jardines que existen en aquel barrio, y después de fusilar veinte federados que no quisieron rendirse, se dirigieron por los jardines hacia la temible fortaleza. Por espacio de tres horas, un fuego nutrido de fusilería envolvió la Butte-aux-Cailles, dominada por los cañones versalleses, seis veces más numerosos que los de Wroblewski.

La guarnición del fuerte de Issy llegó a eso de la una. Al abandonar el fuerte había prendido fuego a una mina, que hizo volar dos bastiones. Varios soldados versalleses entraron a poco tiempo en el fuerte abandonado. No hubo, pues, lucha como supuso Thiers en sus partes.

A las tres de la tarde, los versalleses invaden casi todo el 13.º distrito. Sus bombas caen sobre la prisión de la avenida de Italia. Los federados la evacúan, sacando los presos, entre los cuales se hallaban los dominicos de Arcueil. La presencia de aquellos frailes, doblemente odiosos, exaspera a los combatientes, y espontáneamente, sin poder contenerse, disparan los fusiles, y los apóstoles de la Inquisición caen acribillados de balazos en el momento en que emprendían la fuga. Todos los demás prisioneros fueron respetados.

Wroblewski había recibido desde por la mañana la orden de replegarse sobre el 11.º distrito; pero él persistía en defenderse y había trasladado el centro de resistencia a la plaza de Juana de Arco. Pero los versalleses, dueños de la Avenue de Gobelins, se reúnen en la alcaldía del distrito en las columnas de las avenidas de Italia y de Choisy. Uno de sus destacamentos continúa corriendo a lo largo de las murallas y atraviesa el terraplén del ferrocarril de Orleans; ya se ven los pantalones encarnados en el boulevard de St.-Marcel. Wroblewski, a punto de verse cercado por todas partes, se ve obligado a ordenar la retirada. Protegido por el fuego del puente de Austerlitz, el hábil defensor de la Butte-aux-Cailles pasó en buen orden el Sena con sus cañones y un millar de hombres. Cierta número de federados que se obstinan en defenderse en el 13.º distrito, son cercados y hechos prisioneros.

Los versalleses no se atreven a inquietar la retirada de Wroblewski, aun cuando ocupan una parte del boulevard de St.-Marcel y la estación de Orleans y que sus cañoneras suben por el río. Detenidas un momento a la entrada del canal de St.-Martin, salvaron el obstáculo a fuerza de vapor y aquella noche contribuyeron al ataque del 11.º distrito.

Toda la parte izquierda del Sena estaba en poder del enemigo. La Bastille y el Château d'Eau eran en aquel momento el centro del combate.

Encontrábase ahora en el boulevard Voltaire todos los hombres de corazón que no habían perecido o cuya presencia no era indispensable en sus barrios. Uno de los más activos era Vermorel, que mostró en toda aquella lucha mucha intrepidez y sangre fría. A caballo, ceñido de la faja roja, recorrió las barricadas, alentando a sus defensores y buscando y conduciendo refuerzos.

En la alcaldía, una nueva reunión había tenido lugar a eso de las doce. Veintidós individuos de la *Commune* asistieron a esta reunión; unos doce más defendían sus distritos; los demás habían desaparecido. Arnold expuso que la noche antes el secretario de M. Washburne, embajador de los Estados Unidos, había venido a ofrecer la mediación de los alemanes. Según decía, la *Commune* no tenía más que enviar una comisión a Vincennes para tratar de las condiciones del armisticio. El secretario, introducido, renovó esta declaración, abriéndose en seguida la discusión sobre este punto importante. Delescluze manifestó desde luego invencible repugnancia. ¿Qué motivos tiene el extranjero para intervenir? Atajar los incendios y conservar la garantía de su indemnización, decían algunos. Pero su garantía era el Gobierno de Versalles, cuyo triunfo no era dudoso en aquel momento. Otros afirmaban gravemente que la defensa encarnizada de París inspiraba admiración a los prusianos. Nadie preguntaba si, por ventura, aquella proposición insensata no escondía un lazo, y si el supuesto secretario no era simplemente un espía. Todos se aferraban a aquella tabla de salvación. Arnold expuso las bases de un armisticio, y cuatro individuos de la reunión, entre ellos Delescluze, fueron nombrados para acompañar al secretario americano.

Llegaron a las tres a la puerta de Vincennes. El comisario de policía les impidió el paso. En vano muestra-

ron sus fajas y sus tarjetas de miembros de la *Commune*: el comisario exigía un pase de la delegación de la Seguridad pública. Durante esta discusión los federados acudieron. «¿Dónde vais?», preguntaron. «A Vincennes.» «¿Para qué?» «En comisión.» Sobre vino un doloroso debate. Los federados creyeron que los individuos de la *Commune* querían huir, y se disponían ya a emplear medidas de violencia, cuando uno de ellos conoció a Delescluze. Aquel nombre salvó a los demás. Pero el comisario de policía continuaba exigiendo un pase.

Uno de los delegados corrió a buscarlo a la alcaldía; pero ni aun de orden de Ferré, los guardias consintieron en bajar el puente levadizo. Delescluze los apostrofó; díjoles que se trataba de la salvación común; pero ni ruegos ni amenazas, nada pudo desarraigar la idea de una traición. Delescluze se retiró, agitado de un temblor extraordinario. Se le había creído capaz por un instante de cometer una infamia. Aquel golpe fué para él el golpe de muerte.

Cerca de la alcaldía encontró varios heridos que traían de la Bastille. Madame Dimitrieff, herida, si bien de poca gravedad, sostenía a Frankel, que había sido herido en la barricada del faubourg. Wroblewski acababa de llegar de la Butte-aux-Cailles. Delescluze le ofreció el mando general. «Tiene V. unos cuantos miles de hombres resueltos», dijo Wroblewski. «Algunos centenares a lo más», contestó el delegado. Wroblewski no podía aceptar la responsabilidad del mando en condiciones tan desiguales y continuó la lucha como soldado. Fué el único general de la *Commune* que mostrara las cualidades de un jefe de cuerpo.

El ataque se aproximaba cada vez más al Château d'Eau. Esta plaza, construida por el Gobierno de Napoleón para atajar al pueblo de los faubourg, y en la cual desembocan ocho grandes vías, no había sido seriamente fortificada. Los versalleses, dueños del teatro de Folies-Dramatiques y de la calle del Château d'Eau, la atacaron flanqueando el cuartel. Casa por casa, arrancaron la calle de Magnan a los pupilos de la *Commune*. Brunel, que había hecho frente al enemigo durante cuatro días, cayó allí con la pierna atravesada de un balazo. Los pupilos se lo llevaron en unas parihuelas, atravesando la plaza del Château d'Eau bajo una lluvia de balas.

Desde la calle Magnan los versalleses pasaron fácilmente al cuartel, que los federados tuvieron que evacuar, siendo poco numerosos para defender un monumento tan enorme. La pérdida de esta posición dejó descubierta la calle de Turbigo, y los versalleses pudieron desde entonces extenderse por todo lo alto del distrito y cercar el Conservatorio de Artes y Oficios. Después de una lucha bastante disputada, los federados abandonaron la barricada del Conservatorio, dejando una ametralladora cargada. Una mujer del pueblo se quedó junto a la ametralladora. En el momento en que los soldados estaban a tiro lanzó sobre ellos la metralla.

Las barricadas del boulevard Voltaire y del teatro Déjazet soportaban desde entonces todo el fuego del cuartel del Príncipe Eugenio, del boulevard Magenta, del boulevard St.-Martin, de la calle del Temple y de la calle de Turbigo. Detrás de tan frágiles parapetos los federados recibían intrépidamente aquel torrente de fuego. ¿Cuántos hombres a quienes se da el nombre de héroes no han mostrado jamás la centésima parte de aquel valor sereno, sin efectos teatrales, sin historia, que surgió durante aquellas memorables jornadas en mil puntos de París! En el Château d'Eau, una joven de 19 años, vestida de fusilero de marina, linda y sonrosada, con el cabello negro ensortijado, se batió todo un día con un ardor inaudito. En la misma plaza, un teniente fué muerto delante de la barricada. Un niño de 15 años, Dautuille, fué a recoger bajo las balas el kepis del muerto, en medio de los aplausos de sus camaradas.

En la batalla de las calles los niños se mostraron a la altura, cuando no por encima, de los hombres. En una barricada del faubourg del Temple, el tirador más tenaz y encarnizado era un niño. Cuando el enemigo tomó la barricada, todos sus defensores fueron fusilados. Al llegar la vez al niño, éste pidió unos cuantos minutos de prórroga para «llevar a su madre, que vivía enfrente, su reloj de plata, a fin de que, por lo menos, no lo perdiese todo». El oficial, conmovido involuntariamente, lo dejó marchar, creyendo que no lo volvería a ver. Al cabo de tres minutos, el niño volvió gritando: «Aquí me tenéis.» Y saltando sobre la acera, fué a colocarse contra la pared cerca de los cadáveres de sus compañeros. ¡Oh París! tú serás inmortal mientras nazcan en tu seno hombres semejantes.

La plaza del Château d'Eau estaba devastada como por un ciclón. Las paredes se grietaban, algunas se hundían no pudiendo resistir la lluvia de granadas y de bombas. Los leones de la fuente habían sido arrebatados y yacían en mil trozos por el suelo. Las llamas salían de veinte edificios. Los árboles habían perdido las hojas, y sus ramas tronchadas pendían como miembros amputados que sostiene todavía un pedazo de carne. La mano invisible de la muerte pasaba sobre cada piedra de la inmensa plaza.

A las siete menos cuarto, Delescluze, Jourde y un centenar de federados salieron de la alcaldía y se dirigieron al Château d'Eau. Delescluze, vestido como de ordinario, sombrero, levita y pantalón negro, faja encarnada poco visible, como la llevaba habitualmente, sin armas y apoyado en un bastón. Aquí cedemos la pluma a un testigo ocular de aquella trágica escena:

«Temiendo algún pánico en el Château d'Eau—dice Lissagaray en su *Histoire de la Commune*—seguimos al delegado. Algunos de nosotros nos detuvimos en la iglesia de San Ambrosio para tomar armas. A poco nos encontramos con un comerciante de Alsacia, que había

llegado a París hacía cinco días y que, después de haberse batido contra Versalles, se volvía con la pierna atravesada de un balazo. Más lejos, Lisbonne había venido a caer en la plaza del Château d'Eau, como Brunel, y lo llevaban moribundo. Finalmente, Vermorel había sido herido junto a Lisbonne, y sus colegas Theisz y Avrial lo llevaban en unas parihuelas, dejando tras sí un reguero de sangre. Caminábamos a corta distancia de Delescluze. A unos cincuenta metros de la barricada, los federados que lo acompañaban se separaron en dos filas, pues los proyectiles oscurecían, literalmente, la entrada del boulevard.

«Delescluze siguió la marcha delante. Vamos a describir la escena que hemos presenciado, y que debe quedar grabada en la memoria de todos. El sol trasponía el horizonte. El anciano proscrito, sin mirar si lo seguían, se adelantaba al mismo paso, siendo el único ser viviente que se veía en el boulevard. Al llegar a la barricada, tomó a la izquierda y trepó por los adoquines. Por última vez, aquella faz austera, circundada de su barba blanca, se nos apareció dirigida hacia la muerte. De pronto, Delescluze desapareció. Acababa de caer muerto sobre la plaza.

«Algunos federados quisieron levantarlo, y tres o cuatro cayeron muertos a su lado. No se podía pensar en otra cosa que en la barricada, en reuniones escasas defensores. Johannard, miembro de la *Commune*, casi en medio del boulevard, levantando el fusil y llorando de rabia, gritaba a los vacilantes: «¡No! no sois dignos de defender la *Commune*!» Entrada la noche, tuvimos que volvernos desesperados, dejando abandonado a los ultrajes de un adversario sin respeto de la muerte el cuerpo de nuestro amigo.»

Delescluze no había advertido a nadie, ni aun a sus más íntimos. Silencioso, no teniendo otro confidente que su conciencia severa, se dirigió a la barricada como los antiguos montañeses fueron al patíbulo. La larga jornada de la vida había agotado sus fuerzas; no le aguardaba más que un soplo y lo dió a la causa de la Revolución social. Los versalleses robaron su cuerpo como se esconde el cuerpo de un delicto, pero su memoria quedará sepultada en el corazón del pueblo, mientras Francia sea la madre patria de la Revolución. No respiró más que por la justicia, que fué su talento, su ciencia, la estrella polar de su vida. Su recompensa fué morir por ella, con las manos libres, a la luz del sol, sin verse afligido por la vista del verdugo.

A pesar de sus opiniones jacobinas, por las cuales había arrostrado treinta años de destierro, de prisiones, de injurias y de toda clase de persecuciones, conscientemente muere por la emancipación del proletariado, por el socialismo de que había sido en otro tiempo el adversario. ¡Noble muerte y más noble conversión!

(Se continuará.)

SALVAJISMO

Amargamente impresionados escribimos estas líneas.

Un trabajador pasaba a las tres de la tarde del martes 5 del corriente por la parte del Prado en que desemboca la Carrera de San Jerónimo, y se acercó a un grupo formado alrededor de una niña vendedora de bizcochos y de un guardia municipal que en formas que demostraban embriaguez la maltrataba.

Todas las personas que presenciaban la escena protestaron de aquel atropello, y entre ellas el indicado trabajador, quien dijo «era un abuso».

Sin duda por vestir de blusa, cuando los demás espectadores llevaban mejor traje, juzgó el alguacil a dicho individuo víctima apropiada en quien descargar impunemente las iras que las protestas despertaban en él. Obligó a seguirle a la alcaldía situada en la calle del Fúcar, llamó a otros tres compañeros suyos, introdujéronlo en un sótano, sin duda reservado para estos casos, y desenvainando los sables diéronle entre los cuatro una cobarde paliza.

En la angustia natural, dirigióse el obrero a la puerta, en que, por descuido habían dejado la llave los caribes, y saliendo a la calle echó a correr, siendo aún perseguido largo trecho.

Esto hecho es propio, más que de los tiempos inquisitoriales, de los países del centro de Africa y, así tal procedimiento—que tenemos entendido se repite bastante—está inspirado por los jefes, ó sea sólo hijo de su tolerancia y aun simplemente abuso de los subordinados, más que comentarios necesa que la indignación que despierta en los pechos proletarios tome en breve forma material.

Así va la burguesía juntando combustible para el incendio social que no ha de tardar en estallar.

Estamos dispuestos a sostener en todas partes la verdad del hecho que hemos relatado.

LA HUELGA DE OFICIALES PELUQUEROS DE BARCELONA

Estos han solicitado de sus patronos disminución de horas de trabajo; y a fin de que la medida no redundase en perjuicio de nadie y sí en beneficio inmediato y tangible, *propusieron* el cierre de los establecimientos a las ocho de la noche los lunes, martes, jueves y viernes; a las nueve los miércoles, y a las once los sábados.

Los oficiales, en atención a la bondad de la demanda y a lo que los patronos *motu proprio* hicieron en 1888,

esperaban ser atendidos en su petición, ya que ningún inconveniente, ningún perjuicio, ninguna razón formal podía alegarse en contra.

Mas lo que los perjuicios, los inconvenientes, las razones serias no podían ni pueden hacer, lo han hecho la soberbia y la ambición, verdaderos sellos de todos los patronos. Han alegado que por parte de los dependientes ha habido imposición al dirigirles la demanda, lo cual es inexacto, como lo podemos probar a quien lo desee.

Han alegado que se menoscaban sus derechos al obligarles a cerrar, sin tener en cuenta que en dicho año 1883 ellos iniciaron la conducta que hoy siguen los oficiales. Estos, apurando el asunto, tienen derecho a exigir el cierre, pues si los patronos ejercitan su derecho al tener abiertos sus establecimientos, este derecho puede perjudicar y perjudica a los dependientes, puesto que les impide dejar sus tareas a la hora señalada.

Mucho más podríamos decir, y que diremos en otros números de este periódico. Los oficiales se han declarado en huelga, y para sostenerla han solicitado el apoyo de todos los trabajadores y sociedades obreras para que en los respectivos domicilios sociales puedan trabajar los oficiales peluqueros, los cuales han visto con júbilo la actitud de los obreros todos de Barcelona, que en este se ven siempre, se han colocado al lado de la razón y el derecho, atropellados por el capital y la soberbia.—*Un oficial peluquero.*

LA MISERIA EN ITALIA

La crisis económica continúa suscitando demostraciones en toda Italia.

En Caltagirone cerca de 3.000 labradores y obreros sin trabajo, armados de azadones y palas, recorrieron las calle gritando «Pan y trabajo» y despojando a cuantos panaderos encontraban en su marcha. En la casa del alcalde los manifestantes intentaron derribar las puertas no haciéndolo por haber llegado la fuerza pública, que puso término a la manifestación.

En Argenta (Ferrara) y en Bagnacavallo (Ravenna) se han celebrado también manifestaciones de este género, acompañadas de saqueos a las tatonas.

Se ha enviado un destacamento de 40 carabineros a Minerbio, pues la fuerza que había en este punto se consideraba impotente para contener la agitación obrera.

La situación financiera del Municipio de Roma es gravísima, cerrándose su presupuesto con déficit de más de cuatro millones, por lo que le será forzoso acudir a nuevos impuestos.

CARTA DE VALENCIA

2 de marzo de 1889.

Compañeros del Consejo de Redacción de EL SOCIALISTA:

Como en otras poblaciones, la miseria va tomando aquí proporciones extraordinarias. Los obreros sin trabajo pululan por todas partes y no se puede dar un paso sin tropezar con algún desdichado, niño, mujer u hombre, que os pida una limosna.

Esta situación, si bien inquieta algo a la burguesía valenciana, no la preocupa tanto como debiera. Así es que apenas hace nada por mejorarla, y si algo intenta, como es la realización de varias obras públicas, más es guiada por la idea del lucro y del negocio, que por calmar el hambre de algunos cientos de explotados.

Todos sabemos que burgués es sinónimo de hombre falaz, explotador y ladrón del trabajo ajeno; pero de todos los que llevan dicho nombre a ninguno les cuadra mejor que a los patronos y capitalistas de esta ciudad. Ellos podrán ser soces, torpes y tacaños (las limosnas recogidas durante el mes de febrero para sostener las escuelas gratuitas de obreros de la Asociación Católica de Valencia han ascendido a *once pesetas y dos céntimos*), pero a tratar mal a los obreros, a engañarlos y a despojarlos del fruto de su trabajo no hay quien los gane.

Que es verdad lo primero dícelo la esclavitud que en las fábricas, talleres y en toda clase de trabajos experimentan los asalariados; que es cierto lo segundo demuéstralo la conducta de los exportadores de vino, que se han valido de los obreros a quienes explotan para conseguir la supresión o disminución del impuesto que el Estado había acordado imponerles; y que no hay quien les vaya a la mano en lo de retribuir mal a los operarios lo prueba los cortísimos salarios que dan y las muchísimas triquiñuelas que acuden para disminuir el semanal de sus víctimas.

Perosi ciegos por su codicia, su grosería y su torpeza, los burgueses valencianos no ven el abismo que abre a sus pies la miseria que engendra el sistema actual de producción, y nada hacen por cegarle, no les pasa igual a los proletarios, que viendo con bastante claridad que ellos son hoy por hoy los que sucumben y más padecen por efecto de aquella, se disponen a contrarrestarla, unos viniendo a las filas de nuestro partido y otros acudiendo a la organización de oficios con el fin de defender los salarios y mejorar las demás condiciones en que trabajan.

En muy poco tiempo la Agrupación socialista valenciana ha aumentado de un modo importante sus fuerzas y se han organizado en Sociedad de resistencia los aserradores mecánicos y demás trabajadores en madera y los zapateros, pudiendo asegurarse que esta vez no

pasará a los compañeros de dichos oficios lo que en otras ocasiones, que al poco tiempo de constituirse, ya por una causa ya por otra, se disolvieron. Ahora, advertidos por la experiencia y estrechados por la necesidad de estar unidos, sabrán afirmar sus organizaciones y hacerlas cumplir su misión. Ambas Sociedades, no obstante hallarse en el comienzo de su vida, han practicado ya la solidaridad obrera enviando al Comité de la Unión General de Trabajadores algunas cantidades para las víctimas de los explotadores de Ripoll y Campdevanó. Los aserradores cuentan con que antes de poco figurarán en sus listas la mayor parte de los trabajadores en madera de Valencia, y los zapateros asociados pasan ya de 300. Lo mismo unos que otros compañeros tienen sus respectivas secretarías en el Círculo Socialista.

Aprovechando la estancia en ésta de nuestro amigo y correligionario Iglesias, el Comité de la Agrupación socialista le invitó a dar dos conferencias, una acerca de la lucha económica y otra referente a la acción política de la clase trabajadora. Aceptada la invitación por nuestro compañero, dió la primera el 14 del mes pasado y la segunda el 23.

Ocupándose de la lucha económica, Iglesias demostró la necesidad que tienen actualmente los trabajadores de asociarse, la importancia de la resistencia contra los industriales o patronos y el modo cómo debe efectuarse ésta. La concurrencia a esta conferencia fué numerosa, siendo pequeño el local del Círculo Socialista para contener a los obreros que acudieron a él.

En la segunda conferencia nuestro amigo hizo patente la importancia de la acción política obrera, superior a la de la resistencia contra los capitalistas, explicó los motivos por que los trabajadores se inclinan más a ésta que a aquella, dijo que dicha acción la sostenía principalmente el Partido Socialista Obrero, y recomendó a todos con gran interés que, sin abandonar el campo económico, donde es preciso pelear también, acudiesen al terreno político a luchar denodadamente contra los representantes y defensores de la clase patronal.

Abrió la convicción de que las ideas expuestas por Iglesias, tanto en una como en otra conferencia, contribuirán bastante a que muchos trabajadores de ésta adquieran cabal conocimiento de las doctrinas que sustentan nuestro partido.

Vuestro y de la Revolución.—*El Corresponsal.*

CARTA DE BARCELONA

2 de marzo de 1889.

Compañeros del Consejo de Redacción de EL SOCIALISTA:

Para daros cuenta de la huelga de los toneleros de esta comarca adelanté la noticia con el telegrama que apareció en el número anterior, ya que no era posible por la premura del tiempo daros detalles por correo.

Hoy puedo darlos, pero comenzando por decir que la huelga ha terminado con la victoria completa por parte de los trabajadores. ¿Cuál fué el origen de la huelga? Según los datos que me han proporcionado, y de cuya fidelidad no cabe dudar, en el Congreso 15.º de la Federación de Toneleros, celebrado hace dos años, se acordó proponer algunas reformas, cuya petición no se había aún efectuado por no considerar las circunstancias propicias, efecto de las crisis de trabajo, etc. Viendo que desde algunos días parecía animarse algún tanto el mercado, y los pedidos iban en aumento, traducido en demanda de brazos, crayeron los obreros que había llegado la ocasión de pedir el planteamiento de las reformas acordadas en el Congreso 15.º

Así lo hicieron: presentaron las tarifas, que fueron rechazadas por los burgueses todos, los cuales se reunieron y firmaron un compromiso ante notario, en virtud del cual el que cediese a lo propuesto por los trabajadores sería multado con la cantidad de 500 a 1.500 pesetas, según la categoría. Reunieron luego los operarios y acordaron suspender el trabajo, no faltando ni un solo individuo en toda la comarca a dicho acuerdo, lo que prueba la perfecta organización de nuestros compañeros los toneleros.

Celebróse luego una conferencia entre burgueses y obreros y dió por resultado un principio de inteligencia por ambas partes. Pedían los trabajadores:

1.º Parte del beneficio que da a los patronos la maquinaria.

2.º Aumento de uno y medio por ciento en las maderas de 2.ª y 3.ª clase por ser más costosa su confección.

3.º Que ya que aprovecha la maquinaria para lo que conviene a los burgueses, tengan éstos la obligación de utilizarla en lo que conviene a los operarios.

Y 4.º Hacer desaparecer algunas responsabilidades que recaían en contra del obrero, y que no es justo continuaran por referirse a defectos de la madera.

Todo lo cual ha sido cedido por los burgueses con alguna pequesísima modificación.

Fijense los obreros todos en la reciente y enérgica cuanto rápida campaña de los compañeros de toneleros esta comarca, y se convencerán de que para vencer a la burguesía en las luchas económicas es indispensable organización, mucha organización, táctica y disciplina. Así, y sólo así, puede presentarse la lucha con probabilidades de victoria: victoria que no es la última que obtendrán seguramente los toneleros, si persisten en su enérgica actitud.

Quieren disputar a la burguesía parte de los beneficios obtenidos por la mecánica: perfectamente bien; así

lo hubieran hecho los trabajadores de los demás oficios, y puede que la situación obrera fuera algo distinta de lo que es en la actualidad.

Los compañeros marmolistas han celebrado la segunda de las reuniones anunciadas, y a juzgar por el espíritu que se observa en el oficio en general, puede darse por seguro que se llegará a obtener una sólida y perfecta organización.

También los compañeros picapedreros están convocados para mañana con objeto de hacer que desaparezcan las discordancias que entre ellos existen y realizar la unión del oficio.

De ello os daré oportunamente cuenta.

Vuestro y de la Revolución.—*Comaposada.*

CARTA DE PARÍS

25 de febrero de 1889.

Según habrán sabido por los periódicos, la manifestación obrera que debía tener lugar ayer en las principales ciudades de Francia no se ha verificado en París.

El objeto de esta manifestación, como recordarán, era acompañar a los delegados de las Cámaras sindicales y grupos obreros independientes que debían acudir a los representantes del Gobierno en busca de la respuesta a las reclamaciones presentadas el 10, en nombre de la clase trabajadora francesa, de cuyas reivindicaciones tienen ya conocimiento.

La víspera del día fijado para exigir solemnemente del Gobierno de la República una declaración que marcara definitivamente su actitud en las cuestiones vitales para el obrero, el nuevo ministro de la Gobernación, el ferrista Constans, más franco en esto que su predecesor, que se esquivaba; hizo saber pública y oficialmente al secretario de la delegación obrera que el ministro no recibiría a ningún delegado, que no tenía nada que comunicarle y que estaba resuelto a no consentir ninguna reunión ni aglomeración de gente en la vía pública, y dirigiéndose al prefecto de policía le ordenaba que «disolviese por la fuerza todos los grupos de más de tres personas».

La actitud del Gobierno no admitía dudas ni se prestaba a tergiversaciones. Los delegados de los Sindicatos obreros lo comprendieron así y acordaron en el acto renunciar a la manifestación del domingo y aconsejar a todos nuestros amigos que se abstuviesen, considerando con razón que sería una insensatez exponer a los trabajadores de París a una hecatombe inútil.

En mi juicio, la delegación ha obrado como cumple a obreros que tienen conciencia de su misión y de sus intereses de clase. ¿Qué se propusieron si no los Congresos de Burdeos y de Troyes al acordar la manifestación del 24 de febrero? Forzar a estos sedicentes demócratas, republicanos, socialistas y qué sé yo cuántos epítetos más, a estos oportunistas, radicales y hasta boulangistas, a todos esos falsos amigos de los trabajadores, a que se quitaran de una vez las caretas, pues no podía haber la más leve ilusión en la mente de ningún obrero socialista sobre el resultado de la manifestación proyectada. Pues bien, el objeto se ha logrado ampliamente. No cabe actitud más franca, por no decir más cínica, que la adoptada por los Poderes públicos: el Gobierno de la República no tiene nada que ver con las miserias de la clase trabajadora, es un Gobierno burgués y nada más; lo cual sabíamos de memoria, pero que importaba mucho a nuestra causa que lo supiesen todos los obreros.

Y nótese bien que todos los partidos, empezando por los monárquicos y concluyendo por los radicales y boulangistas, se han colocado resueltamente en esta cuestión al lado del Gobierno; lo cual era también natural.

Pero lo que no lo es tanto, lo triste y escandaloso, por no decir repugnante, es la conducta seguida en esta cuestión por el que se titula Partido obrero o Federación de los trabajadores de Francia, por otro nombre Partido posibilista. Después de haber acordado el Consejo de esta Federación que no tomaría parte en la manifestación del 24, los posibilistas del Consejo municipal, los Joffrin, Brousse y comparsa, no han tenido reparo en unirse a los burgueses de la mayoría del Ayuntamiento para rechazar la proposición de Vaillant y Longuet pidiendo a los electos de los trabajadores de París que se unieran a sus electores para dar más fuerza y autoridad a la manifestación del domingo. Y el tráfuga Joffrin, este ex obrero que no hay traición de que no sea capaz para seguir viviendo del presupuesto—hasta de una manera disfrazada y clandestina como ahora vive,—con su desfachatez característica cuando se trata de sostener una falsedad, dió por razón de la conducta de su partido que la mayor parte de los delegados de las Cámaras sindicales y agrupaciones obreras independientes «no eran obreros!!!»

Si alguna duda podía haber sobre la significación de ese partido sedicente socialista obrero, que tantos perjuicios ha causado a la organización de las fuerzas trabajadoras, la ambición impaciente de sus jefes ha venido a desgarrar todos los velos.

El partido posibilista es un partido burgués más.

MOVIMIENTO POLÍTICO

FRANCIA

Ha muerto en París, donde estaba refugiado, el socialista ruso Ossip Zedkine. Nació en 1853, y era hijo de

una de las familias más ricas de Odessa. Desde sus primeros años figuró entre lo más escogido de la juventud instruida que en Rusia se dedica a la propaganda revolucionaria. Con objeto de penetrar en los talleres y ponerse en contacto con los trabajadores, se hizo asalarado.

Expulsado de su país en 1871, se dirigió a Suiza, de donde pasó a Alemania, tomando parte activa en los trabajos del Partido Socialista Obrero. En Leipzig contrajo matrimonio con una mujer que más tarde compartió con él todos sus sufrimientos y miserias. Preso en 1891, y después de cumplir algunos meses de reclusión, salió de Alemania y fijó su residencia en París, donde continuó su vida de propaganda revolucionaria, no amenguada por las persecuciones. Colaboró en *Le Socialiste*, de París, en el *Social-Demokrat*, órgano del Partido Socialista alemán, en el *Volkszeitung*, de Nueva York, y en el *Volkstribune*, de Berlín. Aunque la familia de Zedkine era rica, él vivió pobre desde que se afilió a las agrupaciones socialistas. Deja a la viuda con dos huérfanos. Sobre su tumba pronunciaron discursos los compañeros Lavroff, Lafargue y otros, que fueron amigos de Zedkine.

ALEMANIA

La *Germania* hace constar que a consecuencia de la agitación provocada por los jefes del Partido Socialista en Berlín, ha aumentado considerablemente el número de los partidarios de nuestras ideas.

—La policía ha recogido en estos últimos días dos periódicos titulados *Las Últimas Noticias* y el *Volkszeitung*. El primero pertenece al partido progresista, pero se hace notar por la violencia de sus ataques a la burguesía.

—También ha sido recogido un periódico socialista por supuestas injurias a Bismarck por medio del grabado. En éste se representa al canciller con su uniforme de coronel de coraceros y sumamente delgado; enfrente de él hay dos obreros muy gordos y rollizos, y debajo la siguiente inscripción: «El honrado canciller se ha quedado en los huesos para que el pueblo engorde.»

—Aunque las elecciones para renovar el Reichstag no se celebrarán hasta febrero del año próximo, los socialistas se están organizando para la campaña. El comité electoral ha dirigido una circular a sus correligionarios invitándoles a elegir candidatos y recomendándoles eviten que un mismo individuo se presente por más de una circunscripción, con objeto de llevar al Reichstag el mayor número posible de representantes del partido. Hasta ahora van inscritos en una lista abierta al efecto setenta candidatos.

ANIVERSARIO DE LA COMMUNE

AGRUPACIÓN VALENCIANA

Esta Agrupación conmemorará con un modesto banquete la gloriosa fecha del 18 de marzo de 1871, proclamación de la *Commune* de París.

Los que deseen asistir a tan importante acto pueden dirigirse al Comité de la Agrupación, Círculo Socialista (Esendra, 23, 3.º).

AGRUPACIÓN MADRILEÑA

Esta Agrupación conmemorará el 18.º aniversario de la *Commune* de París con un té fraternal.

Los compañeros de uno u otro sexo que deseen asociarse a esta solemnidad revolucionaria pueden inscribirse en la Redacción de EL SOCIALISTA, Hernán Cortés, 8, principal. La cuota es de una peseta.

MOVIMIENTO ECONÓMICO

ESPAÑA

La Sociedad de aserradores mecánicos y demás trabajadores en madera de Valencia ha remitido las siguientes cantidades a los obreros que en Ripoll y Campdevanor sufren las consecuencias de la villanía patronal:

- Miguel Fons, 0,35. — Salvador Cervera, 0,25. — Mariano Peig, 0,25. — Vicente Serra, 0,25. — Enrique Bronchal, 0,25. — Juan B. García, 0,25. — Domingo Berenguer, 0,25. — Carlos Ortíz, 0,25. — Ángel Martínez, 0,25. — Antonio Cogollos, 0,15. — Antonio Folgado, 0,25. — Manuel Navarro, 0,25. — Alejandro Selvo, 0,25. — Dionisio Coscollá, 0,25. — F. Boquera, 0,25. — Manuel Suárez, 0,25. — José Benito, 0,25. — P. Calatayud, 0,25. — Catalá Ballent, 0,20. — Antonio Jiménez, 0,25. — Galiana, 0,25. — Roberto Liáser, 0,25. — Ramón Diego, 0,25. — A. C. U., 1,40. — Total, 6,02.

FRANCIA

En Saint-Etienne (Ruan) 150 obreros tejedores de la casa Giraud se han declarado en huelga a causa de haberseles querido rebajar los salarios.

BÉLGICA

La huelga de los canteros de Querast, en la que ocurrieron los tristes sucesos de que ya dimos cuenta en uno de nuestros anteriores números, continúa con la misma intensidad con que principió. Las Sociedades obreras de Bélgica, dando un hermoso ejemplo de solidaridad, consagran todos sus esfuerzos a auxiliar a sus compañeros en la lucha contra los explotadores. La «Casa del pueblo» de Bruselas y el periódico obrero el *Yoursin*, de Gante, envían diariamente cargamentos de

pan, y la Sociedad de obreros metalurgistas de Tubize remesas de dinero, todo con destino a los huelguistas. Estos decidieron enviar una representación al jefe del Gabinete, y, efectivamente, se trasladaron a Bruselas seis compañeros encargados de visitarle. Mr. Volmers los recibió negándose a nombrar el consejo de arbitraje que le proponían dichos compañeros, y aconsejándoles que volvieran al trabajo en las mismas condiciones que antes de la huelga. Después se trasladaron los compañeros a la «Casa del pueblo», donde fueron obsequiados con un modesto banquete. Los huelguistas, en vista de la contestación del presidente del Consejo de ministros, han decidido continuar en huelga. El burgomaestre de Bruselas, creyendo fácil una manifestación obrera, con ocasión de la llegada a dicho punto de la delegación de canteros, había tomado grandes precauciones.

INGLATERRA

Los obreros de las minas de hierro de Cardiff, en número de 3.000, se han declarado en huelga.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

AGRUPACIÓN MADRILEÑA

Los correligionarios de esta Agrupación celebrarán reunión general el día 10 del corriente, a las tres de la tarde, en la calle de Hernán Cortés, 8, principal.

Madrid, 6 de marzo de 1889. — Por el Comité, Matías Gómez, secretario.

EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

ANTE LA COMISIÓN DE REFORMAS SOCIALES

VI

(Continuación)

La condición necesaria para este retorno del capital aumentado a poder del capitalista, es la venta de sus mercancías. El mercado es el campo de batalla donde los distintos capitales contendrán sin tregua para vender. En él impera en absoluto el principio darwiniano de la lucha por la existencia. Allí toda consideración humanitaria cesa. Sólo triunfa y sobrevive el más fuerte, aquel cuyos medios productivos alcanzan mayor masa y perfección. La condición del triunfo es la baratura. La guerra se hace «a golpes de bajo precio», y los golpes más fuertes y repetidos puede darlos sólo la producción en grande escala. La producción individual desaparece en primer término, y tras ella la producción mediante pequeños capitales. Son organismos productivos imperfectos. Una parte de los capitales vencidos es absorbida por los triunfadores, añadiéndose así la concentración a la acumulación capitalista; pero sumas enormes de valores son destruidas en esta pelea, ocasionada por la dirección no concordante de las distintas fracciones en que se halla dividido el capital.

Así como en la naturaleza la lucha por la existencia determina el progreso orgánico, esa misma lucha en el terreno económico, donde toma el suave nombre de *concurrancia*, da por resultado el progreso técnico en la producción, la acumulación y concentración capitalista, en una palabra, el desarrollo del capitalismo.

Pero con este adelanto evolutivo del capitalismo debe coincidir, según lo expuesto, una acentuación mayor de su carácter antinómico, y así ocurre en efecto:

1.º Porque ocasionando la concurrancia la ebrropiación de los más débiles por los más fuertes, niega en la práctica el derecho de propiedad individual, que es su fundamento doctrinal.

2.º Porque el antagonismo de intereses entre obreros y capitalistas se agrava por la concurrancia entre los distintos capitales.

En primer término, el estado de guerra entre capitalista y capitalista lo coloca en la imposibilidad de transigir en lo más mínimo con el interés obrero. Todo beneficio para el obrero que no sea productivo para el capitalista, es encarecimiento de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, encarecimiento de la producción. La baratura en el mercado es la condición de la victoria; luego la depreciación de la fuerza de trabajo, la explotación y opresión obrera en su maximum posible, es la condición de existencia de cada capitalista en particular. El que añoja en esta tiranía sucumbe sin remedio. El apego a la vida ha de vencer toda consideración humanitaria. Y así como en las contiendas armadas es en ocasiones más sentida la pérdida de los animales de tiro ó la de los pertrechos militares, que la pérdida de los hombres, que más fácilmente pueden reponerse, imponiéndose a los sentimientos las exigencias de la guerra, así los capitalistas, que no rigen el mercado, sino que son dominados por él, a despeque de toda caridad, han de ver mayor desgracia en el deterioro de una máquina ó en la mutilación de una bestia que en la muerte violenta ó en el desfallecimiento gradual de los proletarios que los enriquecen.

Acéntúase, además, ese antagonismo porque aumenta la cantidad de fuerza de trabajo disponible: en primer lugar, por el hecho de la acumulación y concentración de los medios productivos, y por su perfeccionamiento técnico, que multiplican la productividad del trabajo; en segundo lugar, porque los productores por su cuenta, y los capitalistas débiles, derrotados en la guerra civil de los capitales, vienen a engrosar las filas del ejército pro-

letario. Además, la destrucción continua de centros de producción parcial ocasiona un estado de crisis permanente, funesto para la clase obrera, dando lugar a frecuentes paros y a un trasiego no interrumpido de obreros, restableciéndose el equilibrio más ó menos tarde, pero siempre de una manera incompleta.

Pero este estado de crisis permanente es periódicamente agravado por las crisis generales que la historia del capitalismo nos presenta como consecuencia necesaria de sus propias condiciones de existencia.

Los capitalistas, lejos de dominar el movimiento productivo, son arrastrados por su fatalidad. Los capitales, constituidos por los medios de la producción y la fuerza de trabajo comprada, son verdaderos organismos cuya condición de existencia, como la de todo organismo, es el movimiento. Cesa el movimiento, cesa la vida y perece el capital. Y como el movimiento de los organismos capitalistas es la producción, so pena de ruina han de producir, y producir siempre, y producir cada vez más. La concurrancia espolea a los organismos productores haciéndolos marchar siempre al galope. Pero la ampliación de los mercados no sigue esta ampliación creciente con igual velocidad, y cuando los valores lanzados por los centros de producción no retornan a manos del capitalista aumentados y convertidos en dinero para continuar la producción en progresivo incremento, entonces sobreviene la crisis, la producción se detiene, el capital-moneda se oculta como por encanto, la epidemia terrible de la falta de trabajo se desenvuelve en la masa proletaria, verificándose el hecho paradójico de que con una inmensa masa de mercancías estancadas coexiste una inmensa escasez; de que se ha producido lo excesivo y la muchedumbre carece de lo necesario; que hay una extrema riqueza y una extrema miseria polarizada por el sistema económico capitalista. La producción se ha limitado a sí misma. El exceso productivo detiene la circulación de los valores. La plétora productiva determina un ataque apoplético.

Las hambres de los tiempos antiguos y medios debílanse a una escasez absoluta de productos; las no menos desoladoras de los tiempos modernos dependen, al contrario, de un exceso relativo de mercancías. ¡De esta suerte se beneficia el obrero del desarrollo y acrecentamiento del capital!

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Recomendamos a cuantos dirigen cartas al Administrador se fijen en esta sección para hacer de esta manera más fácil el servicio.

- Torelló.—P. G.—Se envían 22 ejemplares desde el núm. 156.
- San Juan de Vilasar.—J. R.—Recibidas 9,75 pesetas de paquetes hasta núm. 156 inclusive y 6,20 para el C. N.
- Mataró.—J. R.—Se envían 105 ejemplares para la venta desde el presente número. Servir vosotros el periódico que indicáis.
- Santander.—A. O.—Se envían los números en la forma que pide.
- Caldas de Manbuy.—F. C.—Recibidas 8,50 pesetas de paquetes hasta núm. 155 inclusive y 6,50 para el C. N.
- Valencia.—M. C. N.—Se sirven desde 1.º marzo las suscripciones de F. S. P., J. G. M. y V. R. V. Se enviaron los cuatro «Capitales» que pidió.
- Vich.—M. C.—Recibidas 2 pesetas de su suscripción hasta fin agosto 89.
- Barcelona.—J. C.—Se le enviará lo que pide.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA SOCIALISTA

La necesidad de propagar las ideas revolucionarias por medio del libro se siente cada vez más, y respondiendo a esto publicará la Biblioteca los escritos más importantes de socialistas de todos los países.

Esta Biblioteca publicará mensualmente un volumen de 32 páginas, de buen papel e impresión, y con foliación correlativa cada año, al fin del cual se repartirá la correspondiente cubierta general. El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos de peseta, formando al año un volumen de 320 páginas.

El centro de las cubiertas contendrá cada uno el Programa del Partido Obrero de una nación.

En los meses de junio y diciembre publicará un folleto conteniendo un magnífico retrato fotográfico y biografía de los más notables propagandistas de las ideas socialistas, siendo el primero el de Carlos Marx y el segundo el de Federico Engels.

Acaba de publicarse el primer volumen.

COLECTIVISMO Y REVOLUCION

FOR JULIO GUESDE

Los compañeros y Agrupaciones pueden adquirir ejemplares a los siguientes precios:

100 ejemplares.....	16 pesetas.
50 —	8 —
25 —	4 —
12 —	2 —

Los pedidos al por mayor, acompañados de su importe en libranzas del Giro Mutuo, a Juan Gómez Crespo, Torrecilla del Leal, 15, principal.

Las suscripciones a la Biblioteca las verifican los Comités del Partido Obrero y los encargados de admitirlas a EL SOCIALISTA, en cuyos puntos se venden también ejemplares sueltos.

En Madrid pueden hacerse las suscripciones por conducto del repartidor del órgano del partido.